

## 2. MARCEL PROUST



—¿Puedo pasar, señor Proust?

—Adelante. Siéntese por ahí.

—Gracias.

—Estoy terminando un párrafo. Si me lo permite, lo acabaré.

—No faltaba más.

—Estos párrafos me agotan. ¡Me ocupan tantas páginas! No me gustan las líneas en blanco. Es más, hasta los márgenes en blanco me molestan. Lo ocuparía todo. No me explico a esos autores de frases cortas. ¿Y usted!

—En realidad no tengo opinión sobre eso.

—¡Qué impotencia! ¡Yo necesitaría frases que duraran seis páginas! ¡Yo necesitaría párrafos que durasen veinticinco páginas! No me explico a esos escritores que pretenden escribir sin literatura; es como un barrendero que quisiera barrer sin escoba.

—¿Terminó ese párrafo?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Escribir un relato puede ser fácil, hasta para mí. Pero ¡qué difícil escribir un párrafo! Si le parece, lo dejaremos mientras le atiendo.



—*Como quiera.*

—Perdone que no me levante. Hago mi vida en la cama. Tengo que escribir sin descanso.

—*¿Por qué?*

—Si me levantara y saliera a la calle tendría que saludar a la gente. Hasta es posible que tuviera que saludar a Anatole France.

—*¿Le preocupa eso?*

—No, France no me preocupa. Pero tendría que tomar aperitivos, y decir que me interesa un libro que no llegué a leer.

—*Digalo.*

—No, no es posible. Un escritor francés no llegó a leer un libro mío. Luego se dió cuenta de que podía ser importante. Los escritores leen poco, y lo poco que leen apenas les interesa. Es natural. El escritor, escribe.

—*Usted lo justifica todo.*

—Casi todo sería más justo. Estoy empeñado en la búsqueda del tiempo perdido. Solamente acostado puedo trabajar con energía y soledad. ¿Se da cuenta?

—*Creo que sí.*

—Lo dice usted sin convencimiento. Se lo he notado. Pero es muy importante afirmar algo sin estar convencido de ello.

*No sé que responderle.*

—Verá usted, yo pienso que quizá esta atmósfera le resulte irrespirable.

—*No.*

—Sí, creo que sí.

—*Le aseguro que no.*

—Pero si abriésemos las ventanas todo acabaría, y mi obra quedaría trunca. Solamente puede buscarse el tiempo perdido en esta atmósfera cargada. He puesto candados en las ventanas.

—*Le aseguro que me encuentro bien.*

—No me importa que la limpieza de la habitación se haga rápidamente. Es más, exijo la rapidez.

—*No noto nada, señor Proust. Quizá para un gran novelista lo importante es hacer notar lo que los demás no llegan a ver.*



—Me niego a que la mujer que limpia se lleve con su escoba todo ese polvillo secreto que va quedando sobre las cosas, y sobre todo en el suelo, bajo los muebles. He de escribir una obra importante.

—*Estoy seguro.*

—Es una obra antihigiénica.

—*¿Por qué?*

—Soy un pequeño navegante en el pequeño galeón de esta cama, cuyas velas me veo forzado a utilizar como sábanas. Me horroriza el tiempo, señor, y sin embargo amo el tiempo y su horror.

—*Le agradeceré que me aclare eso.*

—Es usted un gran interlocutor. Me gustan las preguntas rápidas, casi inexistentes. He escrito una sola obra, la voy escribiendo, pero sin terminarla. Es casi el cuento de nunca acabar.

—*Su obra es una aventura, señor Proust.*

—Casi todo es una aventura. Pero esto casi puedo asegurarle que no lo es. La mía es una obra silenciosa, apenas sin diálogo. El diálogo no me sirve. Todo diálogo quiebra el hilo del relato, lo frena, lo aleja. Yo no escucho nunca. Por eso acepto la rapidez de sus preguntas. Casi no me molestan, por lo menos demasiado.

—*¿No quiere usted perder el tiempo?*

—No puedo, y eso es lo que usted debiera pensar, y hasta decir.

—*Perdone usted, señor Proust.*

—No, por favor. Me horroriza tener que perdonar a alguien. ¿Por qué tenemos que perdonar? ¿Qué torpeza!

—*Hablemos de su obra.*

—Se ha insistido mucho en aquel fragmento, casi una novela, de la magdalena mojándose en una taza de te. ¡Cómo saboreo ahora mismo aquella masa esponjosa! Verá usted: no creo en la actualidad.

—*¿Por qué?*

—No creo que sea bella. Ni tampoco es noble, ni justa. Lo importante es parcelar el pasado, y ponerlo delante de nosotros mismos.

—*¿Darle nueva vida?*

—No, no es eso.



—*¿No?*

—Verá usted. Nada ha muerto. Simplemente, se ha perdido. Es como esas cartas que tenemos en nuestro corazón y buscamos en nuestras carpetas. Están, a pesar de todo, vivas.

—*¿Y sus personajes?*

—No le entiendo, de veras. Porque mis personajes cuentan poco. Lo que vale es el tiempo y su búsqueda.

—*¿La memoria?*

—No, me parece que usted no quiere entenderme.

—*Se equivoca en eso.*

—Todo es presente o pérdida, y la pérdida, buscándola animosamente, puede trocarse en presente. Ahora mismo puedo saborear una mirada cuyo parpadeo tiene un cuarto de siglo.

—*Es dura esa distancia.*

—Le agradeceré, de veras, que se marche. He de seguir ese párrafo abandonado. Le agradezco su visita, pero tengo que seguir. ¿Le importa, de verdad, marcharse? ¿Verdad que no le importa? Muchas gracias.

